

Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 81

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 15 DE ABRIL DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

RESURREXIT

Jesueristo murió enclavado en una cruz, soportando los mayores suplicios y sufriendo las más crueles penalidades, pero al tercero día, como los profetas anunciaron, abandonó el sepulcro, llevando de admiración y terror á los soldados que le guardaban, resucitó glorioso y triunfante para luego ascender al cielo, donde vive y reina.

La resurrección de Cristo, préstase inductiblemente á consideraciones siempre nuevas, aunque repetidas siempre, y su conmemoración constituye para los católicos una de las más solemnes festividades del año.

Nada pudo contra la omnipotencia de Dios, la crueldad insaciable de aquel pueblo inhumano, porque todo había de suceder como profetizado estaba y el Redentor del mundo había de cumplir hasta el final su obra sublime.

Es grato pensar que la resurrección de todo surja, es consolador meditar en que vuelvan á transcurrir en todos los órdenes de la vida felices y risueños días que llenen los espíritus de fortaleza y ánimo.

La pobre España atraviesa una época de decadencia y tristura que ya parece interminable. Es necesario procurar que al fin acabe y que se inicien mejores tiempos, porque la pasión fué larga, la muerte fué dolorosa y la resurrección tarda mucho.

Claro es que el indiferentismo reinante é ideas políticas y sociales mal entendidas han puesto guardia en el sepulcro de la desventurada España, pero otros ideales más convenientes y puros, otras doctrinas más pacificadoras y rectas, otras costumbres más sanas y procedentes, pueden sin duda realizar esa labor redentora, que todos anhelan y procuran los menos.

Resucite España, como Cristo resucitó, y caigan las malas pasiones que su sepulcro guardan, al peso irresistible de la razón y el derecho bien entendidos y mejor practicados.

Á LAURA

Laura, Laura, soy yo. Mi triste acento
Vaya esta vez á lastimar tu oído;
Eco desgarrador, hondo lamento
Del amor y el placer desvanecido.

Laura, Laura, soy yo. Y el alma mía,
Tras el bien ideal siempre corriendo,
Con su nunca engañada simpatía
Que aún te acuerdas de mí me está diciendo.

Que si amor suele unir los corazones
Con guirnaldas que el céfiro arrebatada,
También tiene cadenas de eslabones
Que la tumba quizás no los desata.

Yo arrastro esa cadena. Y tú que un día
A cuya última luz morir debimos,
Tu alma sintió lo que sintió la mía
Y un alma sola para amar tuvimos;

Cuando anheles la dicha, cuando, hastiada
De tanto bien como halagó tu vida,
Vuelvas la planta atrás por la encantada
Región feliz de la ilusión querida;

Por mustias que halles las antiguas prendas
(Las flores muertas, los verdores secos,
A mí te llevarán todas las sendas
Y de mí te hablarán todos los ecos.

Mas no, no, que soy yo, Laura, es el niño
Tímido, silencioso, enamorado
Que llevaba en su pecho tu cariño
Como esencia purísima encerrado;

Es aquel niño que en el lento fuego
De ignorada pasión se consumía,
Y alucinado y delirante y ciego,
Adorado imposible te veía;

Que en su misma ilusión embebecido,
Sin osar hasta tí tender su vuelo,
Como en las alas de su amor subido,
De tu divino amor se halló en el cielo;

Aquel que tu alma desgarró mil veces
Con celos, con rigores, con agravios,
Que apuró la pasión hasta las heces
Pendiente de tus ojos y tus labios.

Laura, ¿lo escucharías? ¿Cuánto recuerdo
A tu existencia y tu hermosa unidad!
¿En cuáles mundos de ilusión me pierdo
De tu nombre no más, Laura, al sonido!

Ora es la noche, el solitario monte,
El moribundo sol y el viento blando,
La alba luna que argenta el horizonte,
Tú y yo en la soledad gozando, amando.

Ora ya el sol con su primer mirada,
Cuando los campos á dorar empieza,
Y en su lecho de flores recinada
Despertando al placer naturaliza;

Y yo aspirando en mi ilusión de amores
Las brisas de ámbar de la blanca aurora,
Y tu conmigo entretejiendo flores,
Mi dulce Vénus, mi brillante Flora.

O ya en las selvas bajo el rayo estivo,
Entre alamedas de verdura y sombra,
Al són del arroyuelo fugitivo
Adormecidos en la blanda alfombra;

Cual dos pastores de los siglos de oro
De Arcadia ó de Amatunta en las florestas,
De los goces del campo el gran tesoro
Aparando los dos en largas siestas.

¡Oh Laura! Hasta los ecos balbucientes
De la musa infantil de mi poesía,
Hasta aquellas imágenes rientes,
Olimpo de mi tierna fantasía;

Si, todo, todo cuanto fué mi gloria
En aquel tiempo por mi mal pasado,
Revive y se levanta en mi memoria
Al poder de tu nombre idolatrado;

Y cuando considero lo presente
Y esta ausencia infinita considero,
Pienso que de mí mismo estoy ausente
Y nada ya de la existencia espero.

Mejor fuera olvidar. Mas ¡y! on vano
Quiero borrar del alma ilusionada
Aquel país de resplandor lejano
Dónde siempre te encuentro á mi abrazada.

¡Ah! ¿Por qué no es así toda la vida?
¿Por qué la dicha misma se convierte
En sombra de dolor al alma asida
Con recuerdo tenaz hasta la muerte?

¿Por qué, al dejar con nuestra edad pri-
El palacio de encantos é ilusiones (mera
Dónde se agota por la vida entera
El raudal de las puras emociones;

¿Por qué al pisar del mundo los umbrales,
Cuando vais á espirar, horas dichosas,
Por qué no se nos clavan cien puñales
Dónde al menos muramos entre rosas?

¡Ah! ¿Por qué el corazón, copa vacía
Del licor de la fe, del entusiasmo,
No se nos cae del pecho ¡oh Laura! el día
Que en sus heces gustamos el sarcasmo?

¿Por qué llega en la vida un fiero instante
Que, áun del amor que verdadero ha sido
Sólo queda un recuerdo agonizante
Cual la luz de la tumba del olvido?

¿Por qué, por qué también el tiempo corre
En lo que nunca se soñó pasado,
Y esto te escribo yo sin que lo borre
Sangre del corazón despedazado?

¿Por qué al primer amor sobrevivimos,
Al primer Dios, á la primer creencia,
Y atareas á otros dioses erigimos,
O sólo queda un Dios, la indiferencia?

Pero no temas, no, que yo marchite
De tus dulces creencias los objetos;
No temas, no, que en tu presencia agite
De mi seca razón los esqueletos;

Que áun de tu vista y de tu voz lejano,
Como en la aurora de mi amor yo siento
El noble freno de tu hermosa mano,
El blando influjo de tu blando acento.

Reconóceme, Laura, soy el mismo;
Un inmenso volcán mi fantasía,
Mi mente abismo, inmensurable abismo,
Y tuya, siempre tuya, el alma mía.

¡Y ¡oh! si áun pudiera reclinar mi frente
En el seno feliz de tus hechizos,
Y sentir agitar tu mano ardiente
De mi sien juvenil los blondos rizos!

¡Oh! ¡si á mis ojos áun velar pudieras
Con la venda feliz de tus halagos
De esta imaginación, todo quimeras,
El devorante fuego y los estragos!

Pero no puede ser. ¡Dulces amores,
Única dicha, cuanto breve cierta,
Aunque volvieras con las mismas flores,
Vuestro sol era el alma, y está yerta!

¡Oh sueños! ¡Oh memorias! ¡Oh alegrías!
¡Oh ya lejana cuanto dulce historia!
Laura, no volverán aquellos días;
Pero inmortales son en mi memoria.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA.

CUENTOS ESCOGIDOS

LAS MANOS DE HECHIZO

PASO

PERSONAS: MENGÓ Y POLITO, montaraces cabrerizos.—PEDRO, capitán de soldados.

Es la ocurrencia de este paso en un monte arduísimo y áspero, en el cual hay algunas marañas zarzosas y muchos peñascos.

Mengo.—¡Polito! Mochaco, ¿quién vió al mi mastín? Mala perra le dió tufillo de hembra en el hocico, ¡pesa á tal!, que eso fué y él se huyó tras ella, que no hay otro para sacar rastro en este monte. Ronco estoy de llamarlo mucho á voces altas, tengo apretado el gaznate de la gritería que hice y seca la boca de silbar, y el mal venturado perro no se aparece. ¿Hasle visto tú por alguna parte?

Polito.—No ví, ni he de buscarlo, que pienso que te lo han embrujado.

Mengo.—No mientes brujería, que me da temblor de so oírlo. ¿Para qué tal malicias?

Polito.—Más que malecio, dígame que en el monte ronda duende ó el mismo male.

Mengo.—¡José y Santa María!

Polito.—Yo le vide, yo le vide por andurriales de abajo y parece en semejanza á un hombre, y muy pulido, que lleva en la cabeza una montera emplumada, á lo señor.

Mengo.—¡Hidalguillo será que vino á holgarse!

Polito.—Siendo cuando no le vieres las manos. ¡Mal si las vieres, que no son sino manotas, antes que manos de hombre humano. Ellas son gordas, que no se les ven señaladas las rugas y partecillas de los dedos que tiene amorelladas, y entrambas de color pajismo y anegrecido... Mas no tienen uñas, de lo que yo colijo es el tal duende y no diablo! Así te habrá embrujado el tu mastín.

Mengo.—No quisiera hallarme con el pantasma que dices; vé á buscar por allá el perro... yo por acá de otro lado miraré...

Polito.—Buscaré, buscaré... Mas tengo de cierto que ni tú ni yo habremos de hallarlo... Dios te guarde.

Mengo.—¡Fuese! ¿Será que me embrujará el perro?

Pedro.—¿Dónde va el buen hombre?

Mengo.—¡Santa Virgen! El que dijo Polito es... ¡esas sus manotas! ¡Válgame el señor San Juan!

Pedro.—¿No responde?

Mengo.—Cabrerizo soy y cabras guardo. Así de día y de noche y porque hiele ó porque abrase el sol, no me salgo de este monte; que aquí me paró la mi madre y en el monte vivo y viviré lo que Dios quisiera y de ello sea servido; y acá he de morir, que es todo el mundo, y más délo no quiero ver... Ando en busca de un mastín que escapó de junto á las cabras.

Pedro.—¿Sabrás decirme si llevo por aquí camino para la ciudad? Anduve por estas selvas cazando y me he extraviado.

Mengo.—El maligno hace disimulo.

Pedro.—¿Qué refunfajas?

Mengo.—Extrañame que dica que está trabado y mire que las piernas tiene sueltas, y no veo la seguilla que las trabe.

Pedro.—¡Rástico eres! Extraviado dije, que no trabado; y con esto dije que me halló fuera de camino. Yo busco camino como tú buscas tu perro. ¿El es corpulento?

Mengo.—¡Ansí es!

Pedro.—¿Cabezudo? ¿Tiene grande la boca y por ella le cuelgan los bezos?

Mengo.—Ansí es.

Pedro.—¿Le relucen mucho los ojos?

Mengo.—¡Ay, Dios... brujo es éste! Como brases.

Pedro.—¿Tiene muy áspero y espantoso ladrar?

Mengo.—¡Ah, señor hechicero... desentémelo!... Mire que no hay otro más fiero contra el lobo; y que se desmanara la manada de las mis cabras... y habreisme perdido.

Pedro.—¿Hechicero yo!

Mengo.—Polito dijo: bien; la su merced hechizó al mi mastín, que bien da las señales.

Pedro.—¿Sandío! ¿No dices que es mastín?, pues pintara y abultara, según parecido, con todos los mastines; sí que así será como los de esta naturaleza, bien que tenga peguñas diferencias ó signos en que se distinguen... ¿De qué piensas que pude yo embrujarlo?

Mengo.—No hay sino que mirarle las manos á la su merced, que son de forma y color que otras no tienen. ¡No me amague con ellas, que so mercedo!

Pedro.—¡Ja, ja, ja! He de reir con este montarás. Amedrántame mis guantes; sin duda, nunca ví cosa tal como ellos y hace de ellos superstitión. ¿Qué hará cuando yo me los descalce?

Mengo.—Murmurando está algún conjuro.

Pedro.—Allégate á mí.

Mengo.—No haré tal, que todo el cuerpo me tiembla, y por duende te tuve y por duende te miro.

Pedro.—¿Así te asustan mis manos? Sus ves son... ¿quiereislo sentir? ¡No huyas!